

El legado que sigue marchando

Cada 21 de mayo, Chile vuelve la mirada hacia una de las páginas más significativas de su historia republicana. La conmemoración de las Glorias Navales no solo recuerda el Combate Naval de Iquique y la figura de Arturo Prat, sino también aquello que permitió que ese episodio trascendiera el tiempo: la capacidad de un país de reconocerse en valores comunes cuando enfrenta la adversidad.

En Los Ángeles, la reciente ceremonia de homenaje y el tradicional desfile escolar dejaron en evidencia que esta fecha sigue teniendo un profundo sentido cívico y comunitario. No se trató únicamente de actos protocolares ni de evocaciones históricas, lo que se vivió en las calles y en la Laguna Esmeralda fue una expresión concreta de memoria colectiva, disciplina, compromiso y pertenencia.

La historia de Prat continúa siendo poderosa porque no habla solamente de guerra. Habla, sobre todo, de convicción, responsabilidad y servicio; de la capacidad de actuar correctamente incluso en circunstancias desfavorables. Y quizás por eso sigue interpelando a nuevas generaciones en tiempos muy distintos a los de 1879.

Esa conexión quedó reflejada en el esfuerzo silencioso de cientos de estudiantes que participaron del desfile escolar. Detrás de cada marcha perfectamente sincronizada hubo meses de ensayo, madrugadas frías, jornadas completas de práctica y jóvenes que decidieron dedicar sus sábados a una actividad que exige constancia y compromiso. Mientras la ciudadanía observa apenas unos minutos de presentación,

existe un trabajo formativo mucho más profundo que merece ser valorado.

En una época marcada por la inmediatez, donde muchas veces se cuestiona la capacidad de concentración, perseverancia o trabajo colectivo de las nuevas generaciones, estas experiencias ofrecen una señal distinta. Allí hay jóvenes aprendiendo a coordinarse, a respetar tiempos comunes, a asumir responsabilidades individuales dentro de un objetivo grupal. Hay disciplina, pero también compañerismo y sentido de pertenencia.

Por eso, las Glorias Navales conservan vigencia más allá de la dimensión histórica o militar. Porque permiten recordar que la construcción de comunidad requiere referentes, símbolos y espacios donde los valores puedan vivirse de manera concreta. La educación cívica no se limita a contenidos en una sala de clases; también se forma en estos encuentros donde historia, tradición y participación ciudadana convergen.

Chile necesita mantener viva esa memoria, no desde una nostalgia vacía, sino desde la comprensión de que las sociedades requieren ejemplos que inspiren cohesión y responsabilidad colectiva. El espíritu de Prat no sobrevive únicamente en los discursos oficiales. También permanece en el estudiante que ensaya bajo la lluvia, en el instructor que dedica horas a formar jóvenes, en las familias que acompañan desde temprano y en una comunidad que sigue entendiendo que la historia adquiere verdadero sentido cuando logra transmitirse de generación en generación.